



DON PEDRO MORENO

La causa de la Independencia tenía que triunfar por ser una causa justa. Sólo así se explica que tuviese tantos simpatizadores y que apenas caído un caudillo se levantara otro y otro y ciento, sin importarles la suerte que sabían que les esperaba, ni las consecuencias que para sus familias y más caros afectos ocasionaría su resolución. Si al principio de la guerra ó sea en los tres primeros años de ella las probabilidades del triunfo de los Insurgentes fueron numerosas, por los grandes ejércitos que se conseguían levantar con facilidad, y por la presencia de valientes y prestigiosos caudillos que sabían llevar sus huestes á la victoria, en los años siguientes esas probabilidades se hicieron más remotas, y sin embargo, no llegaron á faltar hombres de todas las clases y condiciones sociales que llenos de fe fueron á ocupar el lugar de los que habían caído en la contienda.

Entre éstos debe ocupar un lugar distinguido el guerrillero Don Pedro Moreno. Nacido por el año de 1775 en la hacienda de la Daga, muy cercana á la ciudad de Lagos; sus padres, Don Manuel Moreno y Doña Rosalía González, eran personas acomodadas, propietarias de varias fincas rurales, entre las que se contaban esa misma hacienda de la Daga, donde vivió casi siempre Don Pedro y donde contrajo matrimonio en 1779. Moreno se dedicó á las labores del campo y cuando estalló la revolución de Dolores no cambió su vida tranquila, a

pesar de que no ocultó sus simpatías por la causa de la Independencia, que se había proclamado; motivos poderosos y que aún no se conocen deben haber influido en su ánimo para no lanzarse inmediatamente a la lucha, como lo hizo algunos años después. Las peripecias de la guerra y el hogar que iba recibiendo las bendiciones del cielo en la forma de herederos de aquel terrateniente, lo determinaron á establecer su domicilio en la Villa de Lagos, donde vivía desde hacía varios años, hasta 1814, y de la que en una época fué Regidor.

A principios de ese año se retiró á su hacienda de la Saucedá, donde seguido de algunos de sus amigos y de sus sirvientes, á quienes había armado, se declaró resueltamente por la causa nacional; inmediatamente empezó á ser perseguido por el Comandante Don Hermenegildo Revuelta, con suerte varia. En un país como aquel, tan poco accidentado si se le compara con Michoacán, era difícil que se sostuviese la Insurrección si no recurría al arbitrio de buscar un sitio á propósito para atrincherarse; comprendiéndolo así Moreno exploró la sierra de Comanja, y encontrando á propósito el cerro del Sombrero para su proyectos, lo fortificó: levántase ese monte unos trescientos cincuenta metros sobre la llanura, y en su cima tiene una pequeña explanada de unos quinientos pasos de N. á S.; por el Norte se enlaza con una série de pequeñas colinas por medio de un estrecho paso entre precipicios y por el cual corre un sendero que fácilmente se puede hacer infranqueable; por los otros vientos los rodean grandes barrancos ó un declive muy rápido y una bajada áspera y difícil; tiene, sin embargo, el defecto de estar dominado por el Norte por una eminencia muy cercana.

En esa fortaleza, después de hechas las obras de fortificación necesarias para cerrar los puntos de entrada y enfilear los senderos que llevan á ella, se estableció Moreno y consiguió en diferentes ocasiones rechazar los ataques de Brilanti y de otros jefes realistas. Una de las acciones más notables fué la dada contra Monsalve en Mayo de 1816, cuando lograron reunirse nu-

merosas partidas de insurgentes en todo el Bajío: creyendo Monsalve fácil empresa apoderarse de Comanja después del éxito que había tenido en San Pedro, atacó la fortaleza, pero fué rechazado de ella sufriendo considerables pérdidas. La presencia del padre Torres en el cercano cerro de los Remedios, que á su turno había fortificado, sirvió mucho para hacer más sólida la posición de Moreno en el del Sombrero, no obstante que cada día, materialmente iba viéndose más abatida la revolución.

El año de 1817, cuando Tehuacán, Cópoco, Monteblanco, Boquilla de Piedra y otros puntos, habían caído en poder de los realistas y la revolución había acabado del todo en Oriente, aún quedaban en pie los Remedios y el Sombrero, que dieron asilo y elementos á Mina para seguir su admirable epopeya, y del segundo salían partidas que expedicionaban hasta Zacatecas. En los últimos días de Junio de ese año tuvo noticia Mina, por la partida de Nava, del fuerte del Sombrero y de su Comandante y sin dilación envió á un oficial á saludar á Don Pedro Moreno; la respuesta fué una invitación para que Don Francisco Javier Mina llegase al fuerte, como lo verificó el día 24, siendo perfectamente recibido, pues hasta allí había llegado la noticia de sus hazañas. Desde ese momento se unieron los dos cabecillas y Moreno con una abnegación y un desinterés verdaderamente lógicos, puso todos sus elementos á disposición de Mina, que el 28 del mismo mes salió á combatir á Ordóñez y demostró, con la completa victoria que obtuvo, que los mexicanos lo único que necesitaban eran buenos jefes que los llevasen al combate, pues su valor suplía á todo lo demás, aun á la falta de armas; en las guerras posteriores ha quedado evidenciado esto de una manera patente: en ocho minutos se decidió la acción, pereciendo los dos jefes españoles, Ordóñez y Castañón; 339 realistas quedaron en el campo y se hicieron 220 prisioneros y apenas pudieron escapar 150 jinetes; 500 fusiles, dos cañones, muchas municiones y uniformes, fueron el trofeo de

la victoria. En esa acción fué en la que los artilleros realistas no teniendo á mano balas de cañón cargaron los suyos con **plomos duros**.

La victoria se celebró con salvas y regocijos, los prisioneros quedaron libres y Moreno, unido desde entonces á Mina, lo acompañó á otras expediciones, como á la de la hacienda del Jaral, en la que los insurgentes se hicieron de \$140,000. Un mes **poco más ó menos** pasó de estos sucesos hasta la llegada de la división de Liñán, tiempo que se empleó en reforzar las defensas del frente. El 31 de Julio empezó el sitio formal el jefe español con una división de más de tres mil quinientos hombres, que desde luego rompieron el fuego de cañón y que intentaron el asalto el 4 de Agosto, siendo rechazado; Mina salió la noche del 3 con intención de introducir víveres, pero no pudo conseguir su objeto y los sufrimientos que pasaron los sitiados, sobre todo por la falta de agua, fueron grandes; los oficiales extranjeros trataron de capitular, pero como se les dijese que sólo se admitía que se rindieran á discreción, determinaron salir del Sombrero: Moreno fué puesto al tanto de la situación y sus oficiales contestaron que aún podían defenderse y que ellos se sostendrían sin necesidad de los norteamericanos; estas palabras ofendieron sobremanera al Mayor Young, quien protestó que defendería el fuerte hasta el último extremo y moriría antes que rendirse.

Pero la defensa era ya imposible, y aunque los sitiados rechazaron el día 15 un ataque en el que pelearon hasta las mujeres insurgentes y causaron serias pérdidas al enemigo, no se podía ya materialmente continuar allí, pues no había víveres y los cadáveres insepultos hacían irrespirable el aire. Resuelta la salida fueron clavados los cañones, destruidas las armas que no se podían llevar y enterrado el dinero que quedaba. A las once de la noche del 19 de Agosto fué la salida, que, descubierta por los realistas, dió lugar á una escena de sangre y horror que la pluma se niega á describir; los que no murieron en la salida y

cayeron prisioneros fueron fusilados en número de doscientos, al día siguiente. Moreno, Ortiz y muchos jefes consiguieron escapar desde antes, pero las esposas de Don Pedro y de otros cayeron prisioneras, las fortificaciones del Sombrero fueron arrasadas y se empezó el sitio de los Remedios.

Moreno se separó de Mina para reunir alguna gente de caballería, como lo hizo, y á mediados de Septiembre se volvió á unir con él; tomó parte en la desgraciada acción de la Caja, pero no en el asalto de Guanajuato. Retirado Mina al rancho del Venadito, llegó Moreno con unos cuantos caballos, y ambos jefes creyeron que podían descansar con tranquilidad cuando al amanecer del 24 de Octubre fueron sorprendidos por Orantia; Moreno, que era de estatura colosal y de gran fuerza, por lo que le decían "El Toro," murió heroicamente defendiéndose de un crecido número de contrarios. Mina quedó prisionero ese día y á poco fué fusilado.

Don Pedro Moreno fué declarado benemérito de la patria en grado heroico por el Congreso de 1823, y su cuerpo descansa en el altar de Señor San José en la Catedral de México, al lado de los de los primeros caudillos de la Independencia.